

EL MENSAJE DE LA FLOR

Antonio Durán Ruiz¹

El año de 2020 inició con la amenaza de una pandemia que, según se decía, había emergido en la lejana ciudad de Wuhan y comenzaba a matar a chinos y coreanos; el causante era un microorganismo que un animal, tal vez el pangolín o el murciélago, transmitió al hombre. No había cura, ni vacunas para evitarlo; se pronosticaba que pronto llegaría a todas partes.

Como cuando un incendio se esparce en época de estío, el virus se propagaba también por Europa matando, al principio, italianos y españoles. Súbitamente, se anunciaron los primeros casos en el norte de México y brotaron en el centro del país como hongos después de lluvia. Los chiapanecos pensábamos que el mal podría llegarnos a través de los migrantes centroamericanos, haitianos, cubanos, incluso, africanos, que se aglomeraban en Tapachula, cerca de la frontera con Guatemala, con el afán de llegar a los Estados Unidos. No nos llegó por ahí, sino, en los primeros días de marzo, a través de nuestros paisanos que volvían de Europa y de los Estados Unidos.

Los enfermos aumentaban en Chiapas, que tiene el setenta y siete por ciento de sus pobladores en situación de pobreza y el porcentaje de escolaridad más bajo de la República Mexicana; los primeros muertos aparecieron en Tuxtla Gutiérrez, la capital, en abril. La Secretaría de Salud recomendó lavarnos continuamente las manos con agua y jabón o aplicarnos gel antibacterial, no tocarnos la cara, nariz ni ojos, aguardarnos en casa hasta donde fuera posible, y conservar “sana distancia” entre unos y otros.

Un poco más adelante, el calamitoso sistema de salud chiapaneco colapsó; muchos enfermos se quedaron en casa y ahí se curaban o salían rumbo al panteón o al crematorio, cuyo servicio se había vuelto caro e insuficiente. En otros municipios también enfermaban y morían trabajadores de las instituciones de salud, incluyendo médicos y enfermeras. En la costa, un pescador murió sobre el camino que lleva al estero La Joya; presentaba síntomas parecidos a la enfermedad del Covid-19; ahora nadie pasa por ahí; los habitantes crearon un sendero alternativo, dicen que el coronavirus acecha en ese lugar, oculto entre los matorrales.

¹ Doctor en Teoría de la literatura y Literatura comparada por la Universidad de Valladolid, España. Facultad de Humanidades Campus VI de la Universidad Autónoma de Chiapas. E-mail: Antonio.duran@unach.mx.

Al principio, los habitantes de los pueblos originarios observaron que las personas adineradas eran las portadoras de este virus, sobre todo las de piel blanca, “la gente fina”; creían que los “prietos”² no se contagiarían; pero cuando observaron que en sus localidades la pandemia mandaba al camposanto a sus congéneres decidieron actuar. Maura Lilia Gómez, una joven tzotzil de San Juan Chamula, me contó lo siguiente:

A orillas de un sendero, sobre el que caminaba rumbo a la iglesia, dos niños jugaban. Al pasar junto a ellos, escuché que uno dijo al otro:

A mi papá le dijeron que pondrían velas en los cerros para tapan la enfermedad de la que hablan los kaxlanes³. Cuando llegué a la iglesia, mis hermanos estaban sentados en el piso esperando que papá acabara de acomodar las velas. Observé que había incertidumbre en sus rostros por lo que se decía del corononavirus. Me dijeron que las velas ya estaban acomodadas y que debíamos arrodillarnos para que papá empezara a rezar. Papá inició su plegaria, pidió por él, por mi mamá, por sus diez hijos y por sus escasos tres nietos; rezó también para que la enfermedad no nos llegara; pero si llegaba, se encomendaba sin miedo a la voluntad del santo, pues le teníamos más miedo a él que a la enfermedad. Nos inclinamos tres veces ante el santo para pedir su intervención en favor de nuestra familia; al acabar de rezar nos sirvieron el trago y el refresco; los tomamos y nos dirigimos a nuestra casa.

Al llegar, el humo salía por el techo de la cocina, mis tías torteaban y tenían todo preparado; mi padre de nueva cuenta acomodó las velas, pero esta vez utilizaría un ave; empezó a rezar, luego pidió por cada uno de nosotros pasando sobre nuestras cabezas una gallina para que absorbiera el mal y quedáramos libres. Cuando terminó, mis hermanos se veían más tranquilos.

Mis tías platicaban los chismes del pueblo y hablaban de yerbas medicinales, se intercambiaban recetas como si nada estuviera pasando en el mundo. Mi hermana preguntó si conocían algunas yerbas para curar la tos y la calentura. Una de mis tías le dijo: “No tengas miedo, las autoridades irán a poner velas a los cerros para que no pase la enfermedad; mi hermana le preguntó cómo estaba tan segura. Mi tía le dijo: “Hace muchos años, una enfermedad caminaba llevándose a viejos y a niños; había llegado al pueblo. Los ancianos se reunieron y decidieron pedir ayuda a los cerros principales; duraron varios días rezando, caminando de cerro en cerro hasta que su palabra fue escuchada y la enfermedad se fue; todo quedó tranquilo de nueva cuenta; pero esa enfermedad fue muy fea pues mataba de vómito y diarrea, cólera le llamaron los kaxlanes; no tengas miedo, lo mismo va a pasar con esta enfermedad”. Había mucha confianza en los rostros de mis tías y volvieron hacer lo que estaban haciendo.

² De piel oscura.

³ Personas no indígenas.

“La vida se detuvo”, se oye decir en la tele y la radio, pero no en San Juan Chamula; la gente sale a la plaza, al mercado, a la iglesia; lo demás se detuvo, nosotros no; según los kaxlanes, nosotros no avanzamos, estamos atascados por nuestras costumbres y tradiciones; si supieran que el coronavirus nos está salvando, tal vez los alcancemos ahora y estemos en sintonía, quizás ya los rebasamos; nuestras tradiciones nos protegen y defienden; las velas y los rezos son suficientes para nuestros corazones.

“Hoy, a ochenta días de que comenzó la cuarentena, todo sigue igual en San Juan Chamula. Sin embargo, no me puedo engañar, estas últimas semanas ha habido muchos kaxlanes en La plaza; están de paso, pero me preocupa que sean la causa de nuestros males de nueva cuenta. Lo único que nos queda es aferrarnos a nuestras creencias para que las velas y el copal nos protejan.

Maura explica lo que para muchos ciudadanos es una ceguera mental: el hecho de que habitantes de ciertos pueblos hayan festejado multitudinariamente a sus santos patronos. Por ejemplo, los pobladores de San Juan Chamula, celebraron a San Juan El Bautista. También los habitantes de Pacú (lugar habitado por indígenas chiapanecas en las épocas prehispánica y colonial), llevaron a cabo sus ceremonias religiosas en honor del Corpus Christi, a través de sus danzantes, uno de ellos disfrazado de venado, otro de chamula⁴ y los demás de jaguares, algunos portando iguanas vivas sobre sus hombros. Cuando la policía llegó para impedir el festejo, dijeron: “Nosotros realizaremos los seis días de fiesta de nuestra tradición, estamos listos para morir si Dios así lo quiere”. La policía se retiró para no agravar la situación. Asimismo, desobedecieron las advertencias de las autoridades, los pobladores de Venustiano Carranza (antes San Bartolomé de los Llanos), Villa de las Rosas (antes Pinola), Ocozocuatla, San Fernando, Bochil, Simojovel, entre otros.

Los chiapanecos hemos experimentado una endémica desatención en el campo de la salud, muchos han buscado la cura de sus padecimientos recurriendo a los curanderos autóctonos o de otros pueblos y a sus ancestrales conocimientos sobre las propiedades curativas de diversas plantas y animales; han apelado también a ritos y a conjuros mágicos y, sobre todo, al favor de sus deidades.

Los diversos pueblos indígenas festejan a sus deidades para obtener buenas cosechas, abrir los caminos para que la gente ande sobre ellos, obtener buena salud y ahuyentar las enfermedades. Por eso, como dice Maura Lilia Gómez, los rituales tienen que llevarse a cabo; lo peor es enojar al santo porque sin su intervención el mal no se marcharía. Esos pueblos desconfían de las autoridades kaxlanes; descreen de sus palabras; por eso, durante el desarrollo de la pandemia se desató la violencia en muchos lugares.

⁴ Chamula es el nombre que reciben los habitantes de San Juan Chamula, pertenecientes al grupo étnico tsotsil.

Para el colmo de nuestros males, a mediados de mayo comenzaron las lluvias, con las cuales proliferan los mosquitos transmisores del dengue, el zika y la chikunguya; hubo una campaña de fumigación para aniquilar esos insectos en todo el estado; en algunos lugares también hubo fumigaciones contra el SARS-CoV 2, pero he aquí lo que ocurrió:

En Venustiano Carranza, una noche trataron de sanitizar las calles a través de drones; cientos de habitantes creyeron que el presidente municipal los había enviado a dispersar sustancias tóxicas para envenenarlos, y gritando “El coronavirus no existe”, bloquearon las calles, incendiaron y saquearon tiendas, quemaron el edificio del gobierno municipal, destruyeron vehículos del personal médico que labora en el Instituto Mexicano del Seguro Social y vandalizaron la casa de la madre del gobernador, quien vivía en este pueblo. También los habitantes de la Colonia 17 de Marzo, del mismo municipio, prendieron fuego a una patrulla de tránsito perteneciente al pueblo de Socoltenango afirmando que las autoridades propagan el virus mortífero mediante las fumigaciones: “No permitiremos que vengan a fumigar; a toda esa gente del gobierno, la vamos a quemar; nos están matando como cucarachas. Le prendimos fuego a la patrulla en advertencia al gobierno, no dejaremos que nos fumiguen”.

Un hombre murió supuestamente por Covid-19 en la clínica de salud de Comitán de Domínguez. Los médicos indicaron que no debía de velar el cadáver para evitar contagios, esto enojó a los familiares que solicitaron la ayuda de otros habitantes para incendiar una ambulancia y causar destrozos en esa clínica. El número de atacantes superó al de los agentes municipales y estatales que se encontraban laborando.

En Guadalupe Tepeyac, municipio de Las Margaritas, varios hombres ingresaron violentamente al Hospital Rural del Instituto Mexicanos del Seguro Social de donde se llevaron al director acusándolo de ser el responsable de la muerte del padre del Comandante Tacho, líder y vocero del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN); fue amarrado, insultado y golpeado dentro del domo de la plaza de ese pueblo. Una persona encapuchada le dijo: “Usted mató a dos personas y quiere seguir matando porque forma parte del control del capitalismo”. Tras un juicio sumario, el médico fue echado del pueblo enclavado en la región de Las Cañadas. Días después, una multitud de hombres y mujeres tojolabales y tseltales marcharon protestando por su precaria situación económica debido, dijeron, a los efectos de un virus inventado por la Fundación Bill Gates para matar a los mayores de sesenta años porque estorban al capitalismo.

Por otro lado, pobladores de la comunidad Carmen Las Limas, del municipio de Simojovel, arribaron, armados con machetes, al Hospital Básico Comunitario de esta ciudad para advertir que no se atrevieran a fumigar en su localidad; por las noches, taparon las calles con palos y piedras para impedir que pasaran las camionetas de fumigación.

Asimismo, luego de que sanitizaron el parque de San Andrés Larraínzar, indígenas tsosiles de ese lugar causaron destrozos en Hospital Básico Comunitario y en las casas del presidente y de la síndica municipal; también prendieron fuego a dos patrullas de la policía, a una ambulancia y a otros dos vehículos. En el pueblo tzeltal de Aguacatenango, sus pobladores golpearon a un trabajador del Servicio Nacional de Sanidad, Inocuidad y Calidad Agroalimentaria, que colocaba trampas para combatir a la mosca del mediterráneo; la turba lo acusó de estar colocando en los árboles cajas con polvos infectados de coronavirus.

En muchos pueblos se opusieron a las fumigaciones “para no ser contagiados de coronavirus”. El gobernador percibió que estos mal entendidos se debe a la enorme barrera entre los gobiernos municipales y los pobladores, por los que pidió a los primeros que se acerquen más a la gente y les informen adecuadamente sobre el propósito de las campañas de fumigación.

En el municipio de Las Rosas, familiares y amigos de un hombre fallecido, supuestamente por Covid-19, se indignaron porque representantes de Protección Civil y de la Secretaría de Salud no les permitieron velar el cuerpo indicando que por cuestiones sanitarias debía inhumarse inmediatamente; con palos y varillas recorrieron las calles y agredieron al personal médico, realizaron destrozos en un hospital, se llevaron el mobiliario e incendiaron una ambulancia.

Tsotsiles de la comunidad Miguel Utrilla Los Chorros, del municipio de Chenaló, detuvieron a dos empleados del programa Pensión para el Bienestar de Personas con Discapacidad acusándolos de envenenar los ríos con coronavirus. Los inculpatos demostraron con documentos que eran funcionarios de la Secretaría de Bienestar y que su presencia en la comunidad era para notificar a las personas que recibirían un apoyo federal. Después de entrevistarse con las familias beneficiadas, los pobladores les permitieron salir, pero en el trayecto de su retorno a San Cristóbal de las Casas volvieron a ser interceptados por otro grupo de indígenas de San José Mahomut, quienes también los acusaban de envenenar el agua de los arroyos con coronavirus. Esta vez, los indígenas exigieron la cantidad de ciento cincuenta mil pesos para liberarlos, de lo contrario, les dijeron, serían linchados. El gobierno los liberó sin decir bajo qué condiciones.

Al mismo tiempo que ocurrían estos acontecimientos, médicos, enfermeras y trabajadores del sector salud de diferentes partes del estado protestaban por falta personal, equipo de protección, medicamentos e instrumentos para enfrentar al virus; la población afirmaba que los números de contagiados y muertos eran mucho más que los que reportaba el secretario de salud. Éste fue nota nacional e internacional por sus respuestas estrafalarias durante sus conferencias de prensa.

A finales de junio, los medios informaron que algunas personas morían súbitamente en las vías públicas de poblaciones como Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de la Casa, Chiapa de Corzo, Comitán, Villaflores y Pichucalco, por razones desconocidas, pero bajo la sospecha de que el causante era el coronavirus.

También causó consternación el robo de Dylan Esaú, un niño de dos años y ocho meses que, por un descuido de su joven madre, fue sustraído, según las cámaras de grabación, del interior del mercado Merposur, por una niña de aproximadamente nueve años y entregado a una mujer que se hallaba cerca de ahí. Pasaron los días, la madre desesperada fue a la ciudad de México a solicitar la intervención del presidente Andrés Manuel López Obrador; éste le prometió el respaldo y designó a una persona de su confianza para que estuviera pendiente de las investigaciones y en comunicación con ella.

En Chiapas, la Fiscalía General del Estado comunicó que había desbaratado una red de trata de personas, que detuvieron a tres mujeres y rescataron a 23 niños, entre ellos a tres lactantes; el fiscal dijo que los niños eran obligados a vender artesanías en las calles de San Cristóbal de las Casas. Detuvieron también, esto se supo después, a un anciano por el mismo motivo. Luego se supo que las mujeres detenidas eran madres de los niños “secuestrados” y el anciano encarcelado, abuelo de ellos. Pero éste se “suicidó” en la presidio. Ésta familia humillada y ofendida está integrada por indígenas tsotsiles empobrecidos, originarios de la comunidad de Chingtón, municipio de Ixtapa, Chiapas, que sobreviven en San Cristóbal de las Casas, y que tuvieron que rentar una habitación, que pagaban entre todos, donde vivían y dormían hacinados. Conservamos la esperanza de que aparezca Dylan.

A finales de julio el coronavirus mató a un político chiapaneco, la hija demandó al médico que lo atendió en el Instituto de Seguridad de Trabajadores del Estado de Chiapas (ISSTECH) “por abuso de autoridad” porque le solicitó comprar medicamento debido a que dentro de la institución había carencia de ellos. Encarcelaron al médico. Hubo marchas en varios pueblos de Chiapas y también en la ciudad de México en favor del doctor; lo sacaron

de la cárcel para internarlo urgentemente en una clínica por una crisis de hipertensión, su estado legal fue modificado y le dieron prisión domiciliaria.

La vida de los habitantes de Chiapas está representada por los personajes de los relatos de Juan Rulfo y de Rosario Castellanos; la actual circunstancia de este lugar viene de muy lejos, se gestó desde la llegada de los conquistadores españoles y la instauración del cristianismo. Actualmente observo un honesto presidente de México realizando esfuerzos sobrehumanos por restaurar la tranquilidad, la justicia y la ética en un país que parecía irreparable.

Una de nuestras grandes fallas humanas consiste en que hemos perdido el lenguaje de la Madre Tierra. Hace años, una señora de la costa de Chiapas, que no sabía leer ni escribir, me dijo que el planeta está vivo y habla. Los árboles, los insectos, los pájaros, las nubes, el mar son sus palabras. La señora supo del calentamiento del planeta antes de que se comentara en los medios informativos; ya se lo había dicho una flor a través de sus pétalos cuyas orillas aparecían “quemaditas”. Le dije que ahora veía animalitos salvajes en las casas, más que antes. Me respondió que “son los hombres quienes se introdujeron a la casa de los animales y modificaron su forma de vivir, incluyendo sus hábitos alimenticios.

Posiblemente eso pasó con el SARS-CoV-2, que buscó su casa en los nuevos seres que habían invadido los ecosistemas silvestres; quizá constituyen las defensas de la Madre Tierra que trata de curarse de la sobreabundancia del virus humano que la tiene enferma. Lo prueba el hecho de que el confinamiento de la gente favoreció su renovación en algunos lugares. Muchos males nos vienen de que ya no dialogamos los habitantes del mundo natural; hemos dejado de escuchar el mensaje de la flor, como dijo la mujer de la costa de Chiapas.

En medio de la pandemia, una amiga me llamó por teléfono una tarde para decirme que su casa se hallaba invadida de iguanas verdes. Corrí a ver qué estaba pasando, efectivamente había iguanas por todas partes, no eran adultas. Yo pasé mi infancia en una pequeña selva de la costa de Chiapas, conozco el comportamiento de estos reptiles, a los que atrapaba con mis manos. La gente de ahí los guisaba y hacían tamales con ellos. Tranquilicé a mi amiga diciéndole que esas iguanitas eran inofensivas y limpias, que se alimentaban de hojas y que no tardarían en marcharse.

También la arena del desierto del Sahara pasó por el norte y la costa de Chiapas, nos enteramos que esto ocurría cada año, sólo que ahora la nube de polvo era más grande que en otras ocasiones. Un habitante de Huitiupán dijo que a ese polvo que baja cada año del cielo ellos le llaman Ush, cae confundido con la bruma y se asocia a una disminución de la temporada de la lluvia.

En esta época de aguaceros, nos llegó una bendición; de la tierra húmeda brotaron multitudes de hormigas llamadas nucú, chicatana, tzitzin y nacasmá; en los hogares las cocinaron y dieron gracias a Dios.

